

Para el Premio Ejército del Aire y del Espacio 2026

Modalidad de Creación Literaria- Narrativa

CON LA GRASA EN LAS MANOS

Esa mañana estaba de buen humor.

Desde que se había despertado, una canción le estaba rondando la cabeza: cada día la radio repetía hasta la saciedad *Campanera*, y se puso a tararearla mientras se pasaba la *Gillette* por la cara. Enjuagó la maquinilla con unos golpecitos en la pila y acabó de repasarse, concienzudo, el mentón. Los últimos restos del jabón desaparecieron al paso de la cuchilla, revelando una piel suave que bien sabía que a las pocas horas recobraría esa finísima capa gris, pero se miró al espejo, satisfecho. *Eres la mejor de las mujeres porque te hizo Dios su pregonera*, canturreó: se veía impecable, dispuesto para la revista. Se pasó el dedo por el fino bigote pulcramente recortado, y frunció el ceño.

Ahí había otra.

Intentó cogerla con las uñas, pero se resistía, terca, a dejarse atrapar. Rebuscó en la cesta en la que Pilar guardaba sus arreglos y cogió unas pinzas; entonces sí que pudo eliminarla, con un aguijonazo en el labio.

La miró con resignación no exenta de enfado: era una cana larga y fuerte, como un alambre, y desde luego no había sido la primera que había tenido que eliminar. Al menos, pensó al tirarla por el desagüe, se limitaban por el momento al bigote; si alguna despuntaba en sus sienes, el corte de pelo reglamentario las ocultaría. Por fortuna.

Estás mayor, Paco, se dijo con una repentina melancolía, pero se quitó esa idea de la cabeza: no era, desde luego, un día para pensamientos oscuros. Se miró las manos y cogió el viejo cepillo de cerdas gastadas: una cutícula aún mostraba una pequeña sombra oscura y la frotó con decisión hasta que desapareció. Volvió a sentirse satisfecho: esa mañana, como había hecho desde hacía veinte años, se

había cepillado concienzudamente las uñas y las cutículas en las que se escondía, insidiosa, la grasa del día anterior. *El último día de suciedad*, se dijo guardando el cepillo en el cajón, porque tras el ascenso y el cambio de destino ya no tendría que meter las manos en la grasa: ahora empezaba el tiempo de los estadillos, los inventarios, los cuadrantes meticulosos y, sobre todo, de responder preguntas. Infinidad de ellas, se temía.

Salió al salón y aspiró con agrado el aroma del café que hervía en el fogón. Era un día de celebración, y el día anterior había comprado en el economato de la Base un paquete de café de Canarias, que había molido ceremoniosamente esa mañana antes de entrar a lavarse. Nada de malta: *café-café*, del que dejás caer en el molinillo grano a grano y sacas por el cajetín convertido en un polvo casi color de bronce antiguo tras pasar por engranajes que remedan una reductora. Pilar trajinaba con el cazo y el colador de tela, y en el fogón se tostaban en la carmela dos rebanadas de pan del día anterior.

— Enseguida lo tienes, Paco— dijo Pilar.

— Hoy no hay prisa, para variar: no tengo que presentarme hasta las 10, tengo margen, es un día especial— dijo desperezándose, y cogiendo las tostadas con la punta de los dedos las colocó en dos platos, echando un fino chorro de aceite con la alcuza y un pellizco de sal.

Se sentaron en la mesa y desayunaron con calma, aprovechando la extraña tranquilidad de esa mañana: los chicos estaban ya en la escuela y podían sentirse por un momento como unos recién casados. Aunque, recordó, en aquél tiempo, con los primeros galones recién cosidos en la manga, apenas podían permitirse un par de habitaciones destartaladas, y ahora tenían una casita con patio en el pueblo, a cinco minutos de Vespa del trabajo, a la espera de que el Patronato respondiera a su

solicitud de vivienda. Apuró el café, paladeándolo, y a lo lejos sonó la media en el campanario de San Juan Bautista.

— No te encantes, Paco, a ver si el primer día vas a llegar tarde, a tus años—
rio Pilar, entrando en la alcoba. Se levantó y dejó los platos y los vasos en el fregadero; entró en la habitación y se puso la camisa blanca que aguardaba, recién planchada, en el galán de noche. Olía a apresto y a agua de rosas. Anudó la corbata, que era nueva, y Pilar le ayudó a ponerse la también nueva guerrera *de bonito* que había encargado bajo mano a los señores Graciá, que cosían para el sastre de los oficiales de la Base. Tenían el taller en una casa de la huerta donde aceptaban encargos para complementar su precaria economía. No llevaría la etiqueta en seda cosida en el interior, se dijo, pero era tan elegante y reglamentaria como la que podía comprar a tres veces el precio en la calle Navellos. *Que has ascendido a brigada, no a coronel*, se dijo, mirándose en la luna del armario: llevaba, como correspondía, las cintas de la Medalla de la Campaña y las de San Hermenegildo, el *Roquisqui* y bordadas en las bocamangas, relucientes, las *sardinetas* de su recién estrenado empleo.

— Se me hace raro el cuello abierto— murmuró, ajustándose el nudo de la corbata.

— Pues tendrás que acostumbrarte, mi brigada. Ahora eres todo un señor—
dijo Pilar, y cruzaron una sonrisa cómplice. Cogió la gorra de plato azul y dio un breve beso a su mujer.

— Supongo que hoy saldré pronto; después lo celebraremos con los chicos, ¿te parece? — dijo, y salió de la casa. La *Vespa* esperaba, bañada por el sol suave. Se sentó en el sillín y guardó con cuidado la gorra en la pequeña guantera frontal. Arrancó de una patada y salió a la calzada, disfrutando de la brisa en la cara que siempre traía consigo recuerdos: el viento en el puesto de tirador en el *Pavo*, el olor de

la gasolina y de los gases de escape que el pequeño motor de la *Vespa* apenas remedaba. Entró en la Base y tuvo que sortear las obras de los nuevos pabellones y hangares, cuidando de no pisar tierra húmeda de cemento que pudiera salpicarle el uniforme.

Aparcó la *Vespa* y un estruendo silbante hizo que levantara la cabeza: dos *Sabre* estaban dando una pasada sobre la pista. Los siguió con la mirada, brillantes de acero y aluminio sin pintar, hasta que rompieron a la derecha, hacia el norte, con un rugido que se había vuelto grave y profundo, arrojando tras de sí una larga nube de humo negro. Aún le costaba acostumbrarse a ese estruendo, a esos aparatos que se le antojaban venidos del futuro, de una historia de Diego Valor. Los había visto por primera vez en Talavera la Real, cuando había sido destinado al curso de capacitación, y había sentido hacia ellos un afecto y un recelo simultáneos: por una parte, eran el futuro, la garantía de que el Ejército del Aire podía cumplir su misión con eficacia, y por otra eran un avance que implicaba un salto tecnológico que alguna vez se le había antojado imposible de superar.

Repasó que la gorra no estuviera arrugada y se la puso, levemente ladeada como solía desde que ascendió a sargento. Entró en el edificio de la Plana Mayor: olía aún a cemento recién fraguado y a pintura fresca. Le dijeron que el teniente coronel Hevia acababa de aterrizar y que podía esperar en la antesala. No había estado nunca en el edificio recién inaugurado, y no se atrevió a sentarse en los sillones de skai verde, que se le antojaron propios de uno de los modernos bancos de la calle Colón. Máquinas de escribir llegaban, amortiguadas y rápidas, a sus oídos. Se asomó a la ventana de marco metálico, flamante como todo lo que le rodeaba: podía ver el trajín en la plataforma, las filas de *Sabres* relucientes, los mecánicos hormigueando a su alrededor, y suspiró. La Base no se parecía en nada a aquella a la que había

llegado destinado trece años atrás, cuando era aún poco más que el precario aeródromo de la guerra. El material era en aquel entonces poco más de dos docenas de los viejos *Super Curtiss* tomados intactos de la aviación roja y restos de viejos aviones de enlace que se agrupaban en el pomposamente denominado Grupo 24 de Caza y Asalto. *Asalto, asalto... a salto de mata, es como vivimos*, gruñía el sargento Morales mientras remendaba con el soldador, por enésima vez, las pérdidas de aceite de los motores rusos.

Habían sido buenos años, desde luego: había conocido a Pilar, tras un noviazgo no demasiado largo habían podido casarse, al poco tiempo habían llegado los chicos y el ángulo de sargento primero en sus galones. Pero era cierto que de vallas adentro de la Base no cesaba una sensación de melancolía: los aparatos eran desesperantemente obsoletos e iban fallando poco a poco sin que los esfuerzos de los mecánicos pudieran más que alargar sus lentas agonías. Los vio reducirse a una docena, a media, al par de viejos biplanos que habían retirado discretamente de la plataforma antes de la llegada de los reactores.

— Ah, Garrido, ya está usted aquí— sonó una voz. Se volvió, chocando los talones, y el teniente coronel Hevia sonrió. Llevaba el uniforme de vuelo y la cazadora de nailon con la galleta de su empleo.

— A sus órdenes, mi teniente coronel, se presenta el brigada Francisco Garrido que ha...— comenzó, pero el teniente coronel levantó la mano a la altura de la cadera.

— Sí, sí, Garrido, lo sé... no hace falta tanta ceremonia, ¿no cree? Al fin y al cabo, lleva usted más años en la Base que yo. Entre conmigo, sin formalidades, y tome asiento— dijo, franqueándole el paso.

Entró en el despacho: se afirmó en la sensación de que, de no ser por la maqueta del *Sabre* en una peana de metal, la metopa con el escudo de la hiena amordazada del Ala 1, los retratos oficiales y la Bandera, habría pasado por el despacho de un director de banco o un abogado de éxito. Nada que se pareciera al viejo despacho del coronel, con las inevitables caobas talladas que no habrían desmerecido en una sala de banderas de una guarnición en Cuba o Filipinas. *Qué tiempos nos ha tocado vivir*, se dijo, pero ya el teniente coronel se había sentado y lo imitó.

— ¿Cuánto tiempo lleva de servicio, Garrido? — preguntó, y casi se asombró al contestar que eran ya veinte.

— Entré de quintas en mayo de 1936, mi teniente coronel.

— Vaya, ya tuvo usted puntería, hombre— rio, y cogió una carpeta de encima de la mesa. — He echado una mirada a su expediente: de soldado de reemplazo a mecánico, dio usted un buen salto.

— Era aprendiz en un taller de automoción, antes de la guerra. Ya me había manchado las manos de grasa más de una vez, mi teniente coronel.

— Mecánico, tirador en un *pavo*, Grupo 6 G 15... también tuvo usted su buena ración de combate, no se privó de nada— dijo el teniente coronel, y cerró los ojos, asintiendo. Como en un destello vio la sombra de aquel *Rata* intentando fijarse en la cola, sintió de nuevo el olor de la cordita y los destellos de la ametralladora, las líneas de humo de las trazadoras, el sudor frío bajo el pesado traje de vuelo.

— Así es, más de una vez volvimos como quien dice de puro milagro— sonrió con tristeza: en su memoria ardía aún el Heinkel del capitán Torres y el sargento García, estrellado en la cabecera de la pista.

— Se parece usted a mí, ¿sabe? Yo también empecé la campaña desde abajo, como marinero; después conseguí pasar a la Aviación y ya no me he podido quitar esa comezón: aquellos tiempos de lucha y de sangre que llevo grabados aquí —dijo, tocándose el pecho. —Y después de los años de aventura llegaron los de sacrificio, tanto tiempo intentando mantener las capacidades con aquellos pobres cacharros. ¿Y sabe quién ha hecho posible que pudiéramos elevarnos en aquellos aparatos que crujían y protestaban en cada toque de palanca? Gente como usted, Garrido, metiendo las manos en la grasa y los carburadores, arreglando cigüeñales en los tornos, haciendo milagros con repuestos mil veces reutilizados.

— Cumplimos con nuestro deber, mi teniente coronel— dijo, lleno de modesto orgullo, porque las palabras del teniente coronel Hevia no eran vana palabrería. Todos en el Ala sabían que su nuevo jefe había compartido el frío y la nieve con sus mecánicos en cabañas heladas, allá en Rusia, y que durante la construcción de los nuevos edificios de la Base no había dudado en repetirlo: había acompañado a los comisionados en tiendas levantadas junto a la plataforma, esta vez bajo las temperaturas ardientes del verano del Mediterráneo.

— No le quepa ninguna duda, Garrido. Y de pronto llegan estas máquinas: un ensueño y una pesadilla, a partes iguales. Fíjese en mí: pasar de los viejos *Messers* y los *Chirris* a los *Shootings*, de los 200 a los 500 nudos— dijo, rozando la maqueta del *Sabre* con la yema de los dedos. — Pero volar es volar: cambian los procedimientos, los límites, esa instrumentación tan prolija que lo vuelve a uno loco, pero siempre estarán la palanca, los pedales, el tacto y el oído. Las máquinas que te hablan, te susurran advertencias, te dan un empujón travieso que puede convertirse en un hachazo sin misericordia... Pero para ustedes debió ser un abismo: pasar de los viejos radiales rusos y los *Fiats* que perdían agua a chorros a las turbinas, no puedo

imaginármelo. Nosotros podemos ser el cerebro de los aparatos, pero ustedes son sin duda el músculo y el corazón.

El teléfono de la mesa sonó y el teniente coronel cogió el auricular. Cruzó unas breves palabras con su interlocutor y colgó con un suspiro.

— Creo que tendremos que dejarlo aquí, Garrido, tengo que llamar al Ministerio. Casi me he convertido en un político, ya ve usted, a mis años— sonrió el teniente coronel levantándose del sillón y él se levantó a su vez, poniéndose firmes. — En nombre de toda el Ala de Caza número 1, le doy la bienvenida como brigada a la que lleva años siendo su casa.

Estrechó la mano que le tendía el teniente coronel y con un formal *¿Ordena usted alguna cosa, mi teniente coronel?* dio media vuelta y salió del despacho. Bajó por las escaleras y salió al exterior: el hangar estaba a un corto paseo, así que dejó la *Vespa* aparcada y se acercó caminando. Los pinos mecidos por una suave brisa lo llenaban todo de un aroma fresco; a lo lejos, de la plataforma del aeropuerto civil, llegaba el rumor familiar de unos radiales: un *DC 3* de Iberia calentaba, dispuesto para el despegue. Ese había sido el sonido de todos aquellos años: el petardeo veloz de los escapes, el rugido del aire empujado por las hélices. Todo estaba cambiando, sin remedio: aquella primera vez en Talavera la Real habían bajado de la camioneta en la misma plataforma para encontrarse con aquellas máquinas casi mágicas a las que acababan de pintar las escarapelas y las cruces de San Andrés. Recordaba haber tocado, fascinado, la superficie metálica y brillante, sintiendo en sus yemas la lisura de los remaches y los cierres de los registros. Pero había sido una ensoñación breve: al momento habían sido conducidos al hangar para encontrarse con los gruesos carpesanos de anillas con los prolijos manuales de mantenimiento de los *General Electric*, dificultosamente traducidos en unos tomos mecanografiados e incómodos

que carecían de ilustraciones y había que consultar simultáneamente para intentar entender la jerga técnica en un incomprensible inglés. Habían sido horas interminables de estudio y de asimilación de conceptos nuevos: kilogramos de empuje, viscosidad del queroseno, de reglas de cálculo y gráficas de temperaturas y presiones que se les antojaban extraños jeroglíficos.

— Grados Fahrenheit, grados Fahrenheit... lo que se necesita es oído para el motor y olfato para los escapes, no tantos nombrecitos extranjeros— gruñía el ya brigada Morales, acodado ante el segundo tomo del manual.

Suboficiales yanquis cargados de galones se esforzaban en enseñarles los secretos de los J47; afortunadamente sus apellidos —Gómez, Valdés, Urquidí— delataban un origen español o al menos latinoamericano, y gracias a Dios aún conservaban mal que bien la lengua de sus padres. La terminología técnica pasó del inglés a una mezcla que habría sido ininteligible para un profano y de ahí se había ido fijando en un castellano manejable: el *scavenger filter* se había convertido en el uso oral en el *filtro escavenero* antes de asumirse como *filtro de recuperación de aceite*. Y siempre, al fin, volvía a ser el introducir las manos en el alma de los aparatos, explorar con los dedos los álabes que habían sustituido a las bielas y pistones, los quemadores que habían desplazado los carburadores: llenarse de grasa las manos, al igual que aquel aprendiz que había sido en el taller de don Matías tantos años atrás, petroleando piezas de motores que en nada se asemejaban a los turborreactores que tan bien había llegado a conocer.

Entró en el hangar, descubriéndose. Olía a queroseno, grasa y metal. Contestó con una venia al saludo de unos soldados y caminó hasta la oficina acristalada marcada con el rótulo de *Logística*.

— A la orden mi teniente, ¿da usted su permiso? — dijo empujando la puerta de la oficina.

— No me toques las narices, Paco, y pasa. ¡Dame un abrazo, coño, y enhorabuena! — dijo el teniente Elizalde estrujándolo como un oso.

— Me vas a arrugar el uniforme, mi teniente— dijo con una sonrisa, devolviendo el abrazo. Habían compartido muchas horas en el Segundo Escalón, desde los tiempos de los *Super Curtiss*, cuando él aún era un sargento recién ascendido y Elizalde ya había añadido el ángulo a sus galones. Siempre un empleo por encima, lo había tomado como, decía con ironía, *su fiel escudero*, y ahora iba a guiarlo una vez más, en el laberinto de estadillos, informes y estadísticas que le esperaban.

Colgó la gorra en el perchero, porque había un perchero en aquella oficina moderna y reluciente, y se quedó mirando el escritorio vacío que iba a ser su nuevo puesto de trabajo.

— Algún día, hijo mío, todo esto será tuyo. Exactamente dentro de dos años, siete meses y doce días, que uno que yo me sé se retira y se vuelve a Vitoria— bromeó el teniente, retirando hacia atrás la silla tras el escritorio. Se sentó: el skai, nuevo, crujió bajo su peso. Abrió la cajonera a su derecha, había unos plumines nuevos, tinteros y secante, reglas e incluso una grapadora color verde y níquel.

— Te he de confesar que siento un poco de vértigo— dijo, cerrando el cajón, y Elizalde sonrió con sorna.

— Pues ahora tienes la mesa limpita y despejada, pero a partir de mañana empieza tu condena. Mira la gaveta de ahí, esto ya no es como antes: ahora hay que registrar cada operación de mantenimiento, cada tornillo y cada arandela. El tiempo

del alambre y el soldador ya pasó: es una bendición para los aparatos, y una maldición para los administradores. Como tú y yo— rio.

Contestó a la sonrisa y puso las manos sobre la mesa, como midiendo los años de trabajo que le esperaban en aquella cómoda, modernísima y tal vez tediosa oficina. Salió de su breve ensimismamiento y recordó que tenía que cumplir con la costumbre.

— González, venga un momento— ordenó a uno de los escribientes.

— A sus órdenes mi brigada— dijo, y notó con agrado que era la primera vez que alguien se le dirigía como tal.

— Vaya a la cantina de mi parte, y traiga tres botellas de vino. Y que le pongan unos botes de olivas y *tramussos*, no lo vamos a pasar a palo seco— dijo, sacando de la cartera cuatro billetes de cinco pesetas.

— Todo un detalle, Paco— sonrió el teniente Elizalde. —Mira, voy a dejar que te acomodes y voy a acompañar al pollo este a cantina, no se me vaya a perder por el camino con ese dineral— dijo, guiñando el ojo, y tomando el gorriño de encima de su mesa salió de la oficina.

Se dejó caer en el respaldo y recorrió el espacio con la mirada: en la pared había paneles de corcho con estadillos, órdenes y diagramas del J47; en la mesa del teniente se apilaban papeles y una sumadora mecánica mostraba una larga cinta de papel llena de números. Suspiró. *¿Así va a ser, a partir de ahora, tu vida?* se dijo.

— A la orden, mi brigada, ¿da usted su permiso? — sonó una voz, sacándole de sus pensamientos. Era el cabo primero Garcés, que llevaba un trapo oscuro en la mano.

— Dígame, Garcés...

— Mi brigada, hemos retirado el filtro de recuperación del 15, y mire— dijo, acercando el trapo: en la superficie empapada de aceite gastado brillaban puntitos metálicos.

— ¿Revisión de 50 o de 100 horas? — preguntó.

— De 50, mi brigada. Parece que venga de los álabes del compresor, deben haber rozado la pared de la cámara por dilatación.

— Mire el color, eso no es acero— dijo, y se quedó un momento pensativo. — Vuelva al taller, en un momento estoy ahí— dijo. Esperó a que el cabo primero saliera y se levantó de la silla. En el perchero colgaba la bata de taller del teniente. Se quitó la guerrera *de bonito* y la colgó con cuidado en la percha, poniéndose el largo guardapolvo gris.

A Elizalde no le importará, se dijo con una sonrisa, como si estuviera haciendo una travesura. Y si le importaba, le era exactamente igual: su futuro podía estar en un sueldo y un empleo superior, pero no se iba a limitar a esperar el retiro frente a estadillos y gráficas. Miró a través del cristal de la puerta del despacho, las chispas de una lijadora iluminaron el hangar y comprendió que nunca podría separarse de ese trabajo, de sentir los olores del metal y el queroseno, la resistencia de las tuercas en las manos, el brillo dorado del aceite vertiéndose, limpio, en los depósitos. Emplear los cinco sentidos en cuidar el alma que duerme en los motores, ese espíritu aletargado que él sabía despertar en rugidos de reactor o ronroneos de pistón.

Salió al hangar. En el curso de brigada, el teniente Urrutia le había dicho con sorna no falta de verdad que con la *sardineta* había llegado la hora de echar tripa y no mancharse las manos. *La tripa puede ser*, se dijo palpándose el vientre, y desabrochándose los puños de la camisa blanca, los arremangó cuidadosamente,

protegiéndolos bajo la manga del guardapolvo. *Creo que mañana tendré que coger de nuevo el cepillo*, pensó mientras se miraba las manos ya por poco tiempo impolutas.

Se acercó al avión: los mecánicos habían retirado la trasera del fuselaje y el motor esperaba, desnudo, a las manos sabias que encontrarían por qué los álabes estaban dejando finísimas virutas en el aceite lubricante.

— Vamos a ver qué pasa contigo, pequeño— dijo con afecto y, tomando una llave dinamométrica, metió las manos en la grasa que rezumaba del compresor.